

Juan Manuel COTELO

Defensa del *reality show*

Reality shows are, as the term indicates, "shows about reality", and this is the most fascinating side of the media, especially of television. Therefore they do not necessarily have to convey the idea of sensationalism, the violation of intimacy or a lack of respect. Reality is the greatest inspirational source, and within reality, people are what most count. Human interest stories, although showing negative and unpleasant aspects, are an enriching source shedding true insights on life and humanity. Suffering does not have to be offensive, nor be a taboo, nor should it be banned from the media.

Antes de abordar directamente el tema central de esta exposición, deseo hacer una advertencia muy breve: los comentarios que a continuación presento no se refieren a programas concretos de televisión que actualmente se emiten en España, Son comentarios que surgen, principalmente, de mi propia experiencia profesional, de los casos que he tenido que tratar en el ejercicio de mi trabajo.

Teniendo en cuenta lo dicho, empezaré contando un pequeño secreto. Se trata de algo que no podría decir muy alto en público, tal como están las cosas, porque más de uno se indignaría conmigo. Pero no puedo ocultarlo. Cuanto antes ponga las cartas sobre la mesa, mejor. Mi secreto es que me encanta el género del *reality show*.

¿Qué es un *reality show*? A estas alturas, cuando todo el mundo ha visto programas que se definen así, la pregunta parece superflua. Una respuesta inmediata podría ser: *reality show* es... ese tipo de programa indignante que todos hemos visto en televisión, ... y no hay más que hablar, sobran las explicaciones. Para mí no sobran. Lo que pretendo plantear ahora – para que se entienda mi secreto – es la definición más general, la más sencilla, que no surge de analizar los casos concretos, ya existentes, de programas *reality show*, sino la que surge de traducir las dos partes del término: *shows*, espectáculos, *reality*, realidad. Espectáculos de realidad. Y precisamente son el interés por la realidad y el atractivo del espectáculo dos de los factores más fascinantes del periodismo y, en concreto, de la televisión.

Según esta primera definición, *reality show* debería significar necesariamente sensacionalismo, ni morbo, ni violación de la intimidad, ni faltas de respeto hacia los protagonistas o al público. *Reality show*, tal como lo entiendo, debería ser sinónimo de "periodismo", buen periodismo: mostrar la realidad de forma atractiva. Puestos a contar historias – que de eso se trata en periodismo – considero que las historias que más merece la pena contar son las más reales, las que tienen más relación con la vida misma. Y, puestos a ofrecer espectáculo, es decir a contar historias atractivas, emocionantes, bellas, conmovedoras... nada más espectacular que la propia realidad.

Quizás porque me guste tanto la realidad, me gusta tanto el escritor Tom Wolfe, quien decía en una entrevista publicada en 1991 en *The Paris Review*: "Se puede tener un verdadero impacto con la ficción, siempre que se hable de la realidad y se muestre cómo

funciona la sociedad, cómo está integrada. A mi juicio, nos encontramos en una era que reclama ese tipo de ficción". Y en otro momento de la entrevista añadía: "No creo que la imaginación de un escritor, sola y sin ayuda – no importa quién sea el escritor – sea capaz de inventar lo que se obtiene a través de la investigación y el reportaje".

Efectivamente, lo más rico que existe como fuente de inspiración es la propia realidad. Y, dentro de la realidad – que es muy amplia – lo más rico, lo más espectacular, son las personas. Citemos de nuevo a Tom Wolfe: "Por fortuna, el mundo está lleno de individuos compulsivos de la información, deseosos de contar su propia historia y decirle a uno cosas que no sabe: esos son los mejores aliados que puede tener un escritor".

Realidad, por tanto, y, dentro de la realidad, personas. Es lo que en el ámbito periodístico entendemos por "interés humano". Pero aún voy a concretar un poco más para llegar al fondo de mi secreto: dentro de la realidad de las personas, lo que más me atrae es el sufrimiento. Personas que sufren. Eso sí que es un espectáculo que, a mi juicio, merece la pena contemplar.

Quizás porque me guste tanto el sufrimiento, como tema narrativo, me gusta tanto Dostoievski. Me gusta Dostoievski, entre otros motivos, porque es real, porque escribe sobre personas y porque describe con toda crudeza su sufrimiento.

Antes de que alguno lo piense – y quizás ya llego tarde – debo aclarar que mi predilección por el sufrimiento no tiene nada que ver con el masoquismo, ni con el morbo, ni con la lucha por los índices de audiencia. Nada que ver. Tiene que ver, en cambio, con lo que he sentido siempre que me he acercado a la intimidad de las personas que sufren. La experiencia, en todos los casos, ha merecido la pena: merece la pena conocer lo que bulle dentro de una persona que sufre. Y, por extraño que a alguno le pueda resultar, créanme si les digo que en algunas ocasiones he llegado a sentir envidia, No he envidiado el sufrimiento, sino la capacidad de convivir con él. No me pidan que lo explique, pero es así. Las personas que son capaces de sufrir con la cabeza alta, a pesar de las lágrimas, hacen que me sienta pequeño..., les admiro..., les envidio. Y pienso que si a mí me merece la pena conocer de cerca a esas personas que sufren, también merece la pena que yo se lo cuente a otros, para que tengan la misma suerte. Y es que el sufrimiento, aunque en muchos casos se viva de forma desesperada, también genera auténticos héroes... de los que compensa hablar. "¡Cómo me gustaría contar esto a mucha gente!", he pensado en el trato con esos héroes del dolor.

No todas las familias con enfermos estarán de acuerdo conmigo, pero yo entiendo que quien tiene un enfermo, tiene un tesoro. Un tesoro que viene envuelto en incomodidades familiares, en gastos de tiempo y dinero, en lágrimas... pero un tesoro. No es un descubrimiento fácil, pero el día en que una familia cae en la cuenta de que el enfermo es un tesoro, cambia absolutamente el modo de tratarle. Deja de ser la vergüenza de la familia para convertirse, casi, en el orgullo de la familia, en lo que más humanos les hace. Pues bien, a otro nivel, se puede decir que nuestra sociedad, el mundo entero, está lleno de enfermos. Me refiero a los drogadictos, los exiliados, los heridos, los pobres... Asumiendo, por supuesto, que no es deseable su existencia, se puede decir que no "sobran", que podemos enriquecernos y aprender mucho con ellos. Los medios de comunicación no deben olvidarlos, como una familia no debe evitar la mención al enfermo en las conversaciones, para no pasar un mal rato. En los medios de

comunicación debemos asumir la existencia de los enfermos de hoy, aun a riesgo de herir la sensibilidad de algunos que quizá prefieren otro tipo de contenidos más risueños: concursos, comedias, música, etc.

La mayoría de los temas que sirven para un reportaje se pueden enfocar desde muchos puntos de vista: político, económico, histórico, cultural. Mi experiencia y, si se me permite, mi consejo, es que el punto de vista más atractivo para estudiar los fenómenos – y para facilitar al público su comprensión – es el punto de vista humano. Por supuesto, no es un descubrimiento original mío, ni una experiencia mía exclusivamente. La droga, la guerra, la delincuencia, los problemas raciales, los exiliados políticos, la dominación comunista de tantos países, todos esos temas admiten tratamientos "no-humanos": se puede informar sobre ellos con mapas, con estadísticas, con fechas, con estudios comparativos entre países, con testimonios de expertos... Todo eso está muy bien, es interesante, pero *nada* en comparación con el testimonio directo de quienes viven esos problemas, Se entenderá mejor con ejemplos.

Droga y delincuencia: Es apasionante escuchar a Martín, un joven de Los Angeles que a los ocho años se escapó de casa, a los diez robó una bicicleta, a los catorce violó a una mujer, a los diecisiete mató por primera vez a un hombre, a los veintidós ya había matado a ocho y a los veintitrés años, tras haber dejado la droga, dedica su vida a la lucha contra el narcotráfico y la delincuencia.

Guerra del Golfo: ¿Qué ambiente se respira a bordo del mayor portaviones nuclear del mundo, conviviendo con más de cinco mil soldados, en vísperas del primer ataque?

Indios: Para comprender por qué están tan extendidos el alcohol y las drogas entre la población de raza india, nada mejor que pasar veinticuatro horas en un centro de rehabilitación para alcohólicos y toxicómanos indios, en Arizona, compartir con ellos sus danzas y sudar con ellos dentro de una tienda de campaña, como ceremonia de purificación.

Rumania: Cuarenta años de dominación comunista son un abono muy fértil para encontrar relatos de interés humano: hablar con personas que han permanecido durante diecisiete años en un campo de concentración; descender trescientos metros bajo el suelo, en las minas de Petrosani, en Transilvania, para llegar a la sala en la que han muerto ochenta personas sepultadas por derrumbamientos; ver la cara de Irina, una niña preciosa de siete años, cuyos pulmones están completamente intoxicados por culpa de una fábrica de ácido sulfúrico que tiene los filtros de las chimeneas estropeados; escuchar el relato, entre sollozos, del campeón nacional de quien intentó escaparse una noche navegando por el Mar Negro, le descubrieron con helicópteros, y esa misma noche, su madre, en España, sufría un infarto, debido a la tensión por estar pendiente del hijo, y moría poco después.

Unión Soviética: Es acongojante ayudar al primer violinista de la Orquesta Filarmónica de Leningrado a escapar de su país en el aeropuerto de Barajas, dejando atrás a su mujer y a una hija pequeña.

Se podrían poner más y mejores ejemplos, de historias de sufrimiento, todas ellas apasionantes, todas ellas reales. Me he limitado a referir casos concretos que he

conocido de cerca. ¡No son películas! ¡No son actores! Es pura realidad, de los últimos años.

Y todo esto hay que contarlo, porque está pasando hoy. Hoy hay hambre, enfermedades, miedo, sangre, droga, alcohol, paro, guerras. No todo es ganar millones en la ruleta de la fortuna, ni todo es chicas en bikini saltando al agua, ni todo es una discoteca donde se baila al ritmo de videoclips, ni comedias familiares o aventuras trepidantes con fuegos artificiales.

Tampoco, por supuesto, todo es sangre, enfermedad, droga, guerra, aunque haya lugares del mundo marcados, sobre todo, por eso. Un ejemplo: la ciudad de Los Angeles, en California. La imagen que los medios de comunicación ofrecen habitualmente es la de una ciudad tranquila, turística, caracterizada por las estrellas de cine, las rubias de bronceado permanente y los lujosos coches y chalets de Beverly Hills. Me pregunto si acaso no es más representativo de esa ciudad la inseguridad ciudadana, las guerras de pandillas, la prostitución y la actividad intensa del cuerpo de policía más prestigioso del mundo.

De todo hay en la *reality*... y de todo hay que hablar, aunque sea más cómodo olvidar ciertas *realities*. Por mi parte – y así lo dejo claro – me gusta hablar de esos temas con toda su crudeza, y tratarlos de forma que el espectador se quede pegado al televisor. Porque a eso me dedico: a contar historias, con imágenes y sonido, de la forma más atractiva que sea capaz. Y con eso, además, gano dinero: contando historias reales de sufrimiento. Porque lograr una audiencia alta y ganar dinero con el trabajo no son motivo de vergüenza. ¡Faltaría más! Es tan evidente que sobra la aclaración, pero lo he querido añadir porque con frecuencia son esos los argumentos que se emplean para descalificar a ciertos programas. Si un programa es bueno o malo, sensacionalista o respetuoso, lo es al margen de que lo vea mucha o poca gente, se gane mucho o poco dinero. Entiendo que la crítica debe centrarse en el contenido.

En una ocasión, siendo aún estudiante de Ciencias de la Información, tuve la suerte de entrevistar a Mindeguía, que por entonces era el mejor *aizkolari* del mundo. De cerca le seguía Olazagasti, pero Mindeguía era aún el número uno. Fuimos varios compañeros de clase. Era un reportaje que nos había encargado una agencia, para una televisión inglesa, sobre deporte rural vasco. Estuvimos con Mindeguía varias horas: le vimos entrenar, trabajar como ganadero y agricultor, y al final nos sentamos para la entrevista, en la leñera, rodeados de troncos. Venía con el equipo un intérprete, ya que la entrevista iba a ser en euskera. Hablamos de todo: descripción del deporte, trofeos que había obtenido, rivales, apuestas, cómo empezó a practicar, etc. En un momento dado, ante nuestro asombro, Mindeguía, un hombre fortísimo, con una apariencia física descomunal... se echó a llorar... como un niño... sin dejar de hablar. Todos nos quedamos mudos, no supimos qué decir. Cuando se calmó, el intérprete tradujo. Mindeguía no había podido contener las lágrimas, recordando a su padre, quien le había enseñado el deporte de cortar troncos y quien había fallecido pocos días antes de la entrevista. "Mire, no se preocupe – le dijimos – que esto nosotros luego lo cortamos, y no va a salir en el programa. Descuide". Mindeguía contestó en castellano: "Con la cantidad de tonterías que salen en televisión, ¿usted se cree que a mí me avergüenza salir llorando por mi padre? No me avergüenzo en absoluto. Me enorgullezco. Póngalo en su programa".

Hay modos de tratar el dolor que no ofenden, ni al protagonista, ni al espectador. No hay una línea divisoria clara, matemática, que separe un tratamiento correcto de uno puramente sensacionalista. Y, si la hay, yo aún no la he encontrado. No depende de los litros de sangre, de la cantidad de muertos, ni de la autorización de quien sale llorando en pantalla. Cada caso es distinto de los demás. Cada caso admite tratamientos honestos y deshonestos, respetuosos y sensacionalistas, El acierto depende, sobre todo, del criterio responsable de cada periodista, y casi siempre de unas mínimas dotes del más puro sentido común. Depende del respeto que uno sienta por las personas, del interés que uno tenga por aportar soluciones a los problemas – no sólo por mostrarlos –. En cualquier caso, tengo claro que hay más de una vía de tratar el dolor. No es necesario recurrir a un tono triste, moralizante, pesimista o indiscreto.

Por si sirve, pondré una comparación sencilla que, al menos a mí, me da una referencia útil para tomar decisiones concretas. Es la comparación con lo que se espera recibir de un buen amigo, en un momento de sufrimiento personal. Hay personas que, ante una desgracia familiar, lo único que consiguen al abrir la boca es hundirte más en el dolor. Pongamos el ejemplo de la muerte de un familiar: "Aaayy... la verdad es que se le veía al pobre cada vez más enfermo", "ya te dije yo que no iba a durar mucho más", "qué infeliz era", "y, perdona que te lo pregunte pero, ¿murió de golpe, o poco a poco?". Otras personas, en cambio, a la vez que se interesan por la información necesaria, hacen lo imposible por levantar, por animar, En algunas de esas situaciones, cabe ¡incluso! el buen humor. Y no molesta, no ofende... siempre que se haga también con medida, con "don de la oportunidad". Pues bien: en cierto modo, entiendo que los medios de comunicación pueden jugar ese papel, que no es nada fácil, por supuesto, pero que tampoco es imposible. No como meros curiosones, como plañideras, sino como lo haría un buen amigo o una buena enfermera, que se acercan al dolor con respeto... *pero se acercan*. De puntillas, sin tirar la puerta abajo, Como quien entra en un templo, no en un garaje. Como quien lleva en la mano un jarrón valioso de porcelana, no una maceta de barro.

Es interesante recordar que precisamente en los países donde no hay libertad de expresión, el sufrimiento es un tema tabú. Por algo será. También se lo plantea Tom Wolfe: "Cuando estuve en Alemania, me interesé por el muro de Berlín, uno de los epicentros históricos del siglo XX. Pregunté cuáles eran las grandes novelas escritas en Alemania acerca del muro, y obtuve una lista de ¡cero! Los escritores de talento no se podían ocupar del muro: ¡Asombroso!

Para terminar, permítaseme mencionar un último caso, sucedido durante un reportaje que realicé en Rumania. A punto de regresar a España, y sabiendo que antes o después tendría que volver a ese país, pregunté a mis amigos de allí: ¿Qué queréis que os traiga? ¿Comida?, ¿ropa?, ¿medicinas?, ¿dinero? La respuesta de una periodista de la televisión rumana fue ésta: "Todo lo que puedas traer será bien recibido... porque de todo nos hace falta. Sin embargo, el favor más grande que puedes hacernos es dar a conocer la verdad. Cuenta lo que has visto y oído. Es lo más necesario para nuestro país".

En este momento escribo un libro para intentar saldar esa deuda. Confieso que me he sentido más satisfecho cuando he dado algo de ropa o dinero. Sin embargo, si no es a ellos, confío en que mi relato pueda ayudar a algún lector despistado. Alguno que no necesite dinero ni ropa. Alguno que conserve cierta sensibilidad: eso que la vida de reportero va consumiendo día a día. Con un poco de suerte, también él acabe sintiendo

envidia hacia los que saben sufrir. Y, si no llega tan lejos, al menos caerá en la cuenta de que estas cosas pasan. Y no sólo en las películas. Pasan hoy, aquí al lado, son historias reales. ¡Viva el *reality show*!